



México: La trampa diplomática entre Estados Unidos y América Latina: *Soft Power* sin *Hard Power*

Raúl Benítez Manaut

El peso de la historia en la diplomacia, el nacionalismo y la des-ubicación geopolítica

En la definición de doctrinas de política exterior y defensa, el pensamiento estratégico mexicano le otorga un peso dominante a la historia. En otras palabras, el pasado domina los escenarios de futuro. Esto mantiene en conflicto a las burocracias del Estado, principalmente a las militares y diplomáticas, en tensión con Estados Unidos, por su “natural expansionismo”. Por ello, la doctrina militar es “defensiva”, la diplomacia se sostiene en la no intervención, y el activismo internacional ha tenido momentos muy importantes pero no se logra sostener en el tiempo (Ojeda, 1976: 220). La síntesis de ambas limitantes

doctrinales e ideológicas es la negativa de México a la participación en operaciones de paz de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Cuando la gran mayoría de los países de América Latina, los dos socios comerciales estratégicos, Estados Unidos y Canadá, así como Europa y los futuros socios de la Cuenca del Pacífico tienen décadas respaldando a la ONU, México tardíamente, en septiembre de 2014, anuncia su participación militar en la ONU.

En la burocracia militar y diplomática mexicana predomina un pensamiento de desconfianza hacia Estados Unidos que se expande hacia el exterior en general. Por ello, la doctrina militar no tiene proyección hacia el exterior ni de forma activa ni disuasiva, por lo que el despliegue de las fuerzas armadas es “hacia adentro” (Garciadiego, 2014). Esto se ha reforzado desde la declaratoria de “guerra a las drogas” en 2007. En el pensamiento diplomático el “activismo” se sostiene sólo en una diplomacia basada en lo jurídico y en los principios de la no intervención y resolución pacífica de las controversias. Con ello, la política exterior y la defensa están desvinculadas. Sin embargo, a partir del fin de la guerra fría desde 1990, a la par del desmantelamiento gradual del sistema político mexicano basado en el unipartidismo y el nacionalismo como ideología rectora, entre los empleados del Estado aparecen nuevas generaciones “aperturistas” que poco a poco avanzan. Esto es evidente en el seno de las élites diplomáticas y militares, donde se divide en dos la opinión: los nacionalistas y aislacionistas *versus* los aperturistas y globalizadores. Esto se observa tanto en torno a la forma de llevar la relación con Estados Unidos, como al respaldo a la ONU y otros organismos internacionales. En las relaciones con los países de América Latina, se adicionan las tensiones provenientes de que México abandonó e incluso “traicionó” a la región desde la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). Así fue expresado por diversos líderes latinoamericanos con gran influencia en la región, como Fidel Castro, Hugo Chávez, e incluso líderes más moderados como el presidente brasileño Ignacio Lula da Silva.

Nuestra hipótesis es que México es un país con éxito en la reinserción al mundo globalizado en el nivel económico-comercial, tiene una limitada participación en sistemas multinacionales de concertación política, diplomática o incluso en materia militar. En otras palabras, no están relacionadas la política exterior y la política de defensa, lo

que impide a México desplegar su poder de acuerdo a su “tamaño estratégico” y en concordancia con los requerimientos del sistema internacional de seguridad, encabezado por la ONU. En este sentido la política de defensa se define por la política interna del país, por el rol de las fuerzas armadas en garantizar, de forma disuasiva o activa, la estabilidad. Esto definió un *nacionalismo sui generis*, definido por la vecindad con Estados Unidos (EE.UU.), al mismo tiempo que despliega un discurso de “unidad nacional” donde lo “latinoamericano” ha sido enunciado de forma ocasional sólo en algunos momentos de la historia de la política exterior de México. Respecto al nacionalismo mexicano, el historiador Lorenzo Meyer, lo vincula a la “fatalidad” geográfica determinante del país: “la visión del mundo y el proyecto nacional mexicanos simplemente no pudieron sino ser una reacción frente a la política exterior estadounidense: dar forma a un nacionalismo propio y fundamentalmente defensivo, so pena de abdicar a la pretensión de soberanía e identidad” (Meyer, 2010: 50). Esta fatalidad geográfica sumada al nacionalismo implica la existencia de una trampa que obstaculiza la proyección estratégica del país, tanto en lo global como a nivel de América Latina.

Así, en el multilateralismo latinoamericano de seguridad, México está aislado de las tendencias que apuntalan al liderazgo de un grupo de países de América del Sur, principalmente desde el despliegue de la operación de paz de la ONU en Haití (Minustah), pero a su vez el país está confrontado con bloques diplomáticos de naciones donde lo ubicaron como “no latinoamericano”, por haber desviado la brújula hacia el norte. Es el caso de Venezuela, Cuba y la llamada Alianza Bolivariana de las Américas (ALBA), y con menor intensidad el MERCOSUR y la UNASUR.¹

La concertación hemisférica. El Zig-Zag del liderazgo

Uno de los espacios donde la presencia de México tiene notables altibajos son los foros de concertación hemisféricos. Históricamente, durante la guerra fría, México no respaldó a la Organización de Estados Americanos (OEA) debido entre otras razones, al liderazgo de Estados Unidos en ella, y a que se impulsó en su seno el aislamiento de Cuba y fue también un espacio de acción diplomática de muchos gobiernos

militares. En los años sesenta, en parte derivado de la *Crisis de los Misiles* entre Cuba y Estados Unidos en 1962, México promovió el Tratado de Tlatelolco para configurar una región libre de armas nucleares (Ojeda, 1976: 101-112). El Tratado se fue ratificando lentamente por los diversos gobiernos y es una salvaguarda que ha evitado una carrera armamentista nuclear. Este es uno de los logros más relevantes de la diplomacia mexicana. En los años setenta México inició un activismo “tercermundista”, abriendo su presencia a otros continentes. En América Latina, el gobierno de México rompió relaciones con el de Chile en 1973, y emplazó una política de asilo a opositores a los gobiernos militares. México fue muy cercano a Cuba y al final de la década respaldó al movimiento que derrocó al dictador Anastasio Somoza en Nicaragua en 1979.

Durante los años ochenta la diplomacia mexicana participó en la construcción de foros paralelos de concertación a la OEA, como el Grupo de Contadora (junto a Panamá, Colombia y Venezuela), mismo que se amplió al Grupo de Río. Estos foros se oponían a los despliegues geopolíticos y militares de las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética. El momento cúspide del activismo de la diplomacia mexicana en el hemisferio se dio entre 1989 y 1996, al respaldar los procesos de paz de Nicaragua (1990), y principalmente los de El Salvador (1992) y Guatemala (1996). Esta geopolítica de distensión acercó a México a la ONU y a los países europeos. De igual manera, en aquellos países que transformaban sus regímenes de gobierno en América del Sur, México respaldó los procesos de democratización. Por ello, los años noventa fueron los de mayor proyección de México en el subcontinente, además de que se negoció a la par el TLCAN con Estados Unidos. Así, la acción exterior combinaba el carril diplomático y el económico-comercial (Benítez, 2004).

Entre 1989 y 1994 México vivió tres procesos nacionales e internacionales. La intensidad de la crisis económica fue generando una distancia considerable entre los países Latinoamericanos y México. Cada país buscó su propia fórmula para superar la crisis. La apertura de las economías fue diferente. En América del Sur se optó por la subregionalización comercial y la concertación y distensión política y diplomática (a través del Mercosur y Unasur); en Centroamérica y el Caribe se consolidaron los grupos para lograr las integraciones subregionales (SICA y CARICOM); en México fue a través del TLCAN.

El TLCAN fue uno de los primeros acuerdos de libre comercio a nivel mundial en el período de la posguerra fría, y logró revitalizar y redirigir la economía mexicana a un nuevo modelo. En segundo lugar, en México se procedió a una apertura democrática del Estado, muy diferente a las de América del Sur y Centroamérica (que buscaban transformar los liderazgos militares a civiles), basada en la transformación de un autoritarismo civil unipartidista a un régimen democrático pluripartidista. En lo internacional, de forma lenta, fue cambiando la diplomacia *activa* por una *reactiva*, que se ejemplifica por la ruptura de lazos históricos de identidad, por ejemplo entre el régimen cubano de Fidel Castro y el régimen del PRI mexicano: de una política exterior de “solidaridad revolucionaria”, a una “política exterior de Estado”. Esto aisló a México con muchos gobiernos de América Latina, que consideraban un viraje irreversible: se pasó de optar por América Latina hacia Estados Unidos.

La brecha que separa a México con América Latina se fue ampliando debido a varias razones internas, internacionales y a las dinámicas políticas y diplomáticas en América del Sur. Las razones internas se debieron a la llegada al poder del Partido Acción Nacional (PAN). El viraje a la derecha en el interior del país, se dio a la par con un viraje a la izquierda en muchos países de América del Sur. Este fenómeno distanció a México por una falta de coincidencia con valores e ideologías políticas entre las élites dirigentes. En América del Sur la llegada al poder en Venezuela de Hugo Chávez movió la geopolítica subregional, y en muchos países los gobiernos democráticos moderados o de “centro” (propios de la primera ola de la transición a la democracia de los noventa) fueron poco a poco sustituidos por gobiernos a la izquierda del mapa político, y se profundizó de manera gradual un discurso antiestadounidense, al cual se asimilaban los aliados de Estados Unidos en la región, identificados principalmente con los gobiernos de Colombia (Álvaro Uribe) y México (Vicente Fox y Felipe Calderón). Así, México busca influir en el continente, pero sin poder proyectar liderazgo, a pesar que cuenta con una dosis amplia de *soft power*, desplegado principalmente por elementos económicos privados (la proyección de gran cantidad de corporativos multinacionales mexicanos), cultura, turismo y por ejemplo, políticas de cooperación en educación. Lo anterior, sin embargo, no se logra traducir en liderazgo político o diplomático.

México: *Soft power sin hard power*

El “efecto” del nacionalismo a nivel diplomático deriva en el aislamiento. Esto impacta el nivel de la seguridad, pues a pesar de que la globalización ha afectado negativamente a México y los países de Centroamérica por estar geográficamente ubicados en el corredor del tráfico de cocaína entre Colombia y Estados Unidos, no se construyen multilateralismos en materia de inteligencia o militares para confrontar la amenaza del crimen organizado. Lo anterior ha obligado a un reforzamiento de las políticas de seguridad del Estado, militarización de la seguridad pública y al combate al crimen organizado en México y Centroamérica. En México esto ha afectado al país en lo interno y externo, incluso “securitizando” la diplomacia, al ponerse énfasis en acuerdos con los distintos países sólo para fortalecer el combate a las organizaciones criminales.

Las salidas por las que optó el Estado mexicano, el TLCAN en lo económico-comercial (1990-1994) y la Iniciativa Mérida en el ámbito de la seguridad (2007- a la fecha), han aislado y marginado al gobierno de México con los diversos países y bloques en América Latina a un “mínimo histórico” (Saltalamacchia, 2011: 62). Esto transformó la política exterior mexicana de un activismo latinoamericanista que había logrado muchos éxitos e incluso liderazgo, principalmente durante el período de “guerra fría”, en una política exterior reactiva, con diversos conflictos, principalmente con Brasil, Venezuela, Cuba, y otros casos críticos, que le impiden proyectarse en lo que podría ser un importante área de acción geopolítica y estratégica.

En el caso de la competencia o rivalidad entre México y Brasil si empleamos los parámetros de Joseph Nye de “poder blando” y “poder duro”, que incluye cinco variables principales: 1) negocios e innovación, 2) cultura, 3) calidad y eficiencia del gobierno, 4) diplomacia y 5) educación (Nye, 2004), en América Latina sólo México y Brasil están rankeados en la proyección de poder blando entre los primeros 30 países. En el año 2012 Brasil se ubica en la posición 17 y México en la 27. Los otros países mencionados en la lista son Chile en la posición 32 y Argentina en la 35 (McClory, 2012: 11). En otro análisis de poder blando de seis variables (en 2015 se agrega a las cinco anteriores el “poder digital”), Brasil se ubica en la posición 23 y México en la 29 (Economist, 2015). Entre estos dos países, la dos preguntas son si Brasil

puede efectivamente edificar y encabezar un liderazgo (Soares, 2008: 93), y si México puede sortear con éxito el juego del equilibrio entre América Latina y Estados Unidos. Lo anterior es evidente pues México ha carecido de una política latinoamericana de largo plazo, coherente y consistente, debido a que en momentos ha tenido un muy importante activismo, por ejemplo, en los años ochenta y los primeros años de la década de los noventa en América Central, y en otros períodos se ubica muy aislada de los países del sur (González, 2008: 115). Como sostiene Olga Pellicer:

“Al hacer la comparación con otros países considerados poderes emergentes, como lo es Brasil, México aparece rezagado. Por su dimensión territorial, densidad demográfica o participación en la economía internacional, debería ser un poder emergente; no lo es. Diversas condiciones contribuyen a poner en duda su pertenencia a esa categoría. La primera es la debilidad de su influencia regional. A pesar del discurso que se refiere a la amistad con el resto de América Latina, el hecho es que México no tiene una presencia fuerte en la región; esto es particularmente notorio cuando se piensa en Centroamérica” (Pellicer, 2012).

En el mundo global, tanto las potencias como los países de dimensión intermedia, también despliegan mecanismos multilaterales en materia de seguridad. Es el caso del respaldo a la labor de la ONU en operaciones de paz, es *poder duro* que tiene matices diplomáticos, pero que mediante él se están proyectando las naciones. En el caso de la misión de paz de Haití, desde un inicio en 2004 se vislumbró así por los países latinoamericanos que la integran (Gaspar, 2006: 309). Una rareza de esta misión de paz de la ONU, vista como un esfuerzo multilateral latinoamericano de *hard power*, es que los países de tamaño mediano que circundan el Caribe no participan en ella, como Colombia, Venezuela y México. Estos tres países le “cedieron” el espacio de acción geopolítica del Caribe y Haití a los suramericanos tanto por falta de visión de sus liderazgos de que era una “oportunidad geopolítica” que rápidamente aprovecharon Argentina, Brasil, Chile y Uruguay en 2004-2005, como la proyección de sus fuerzas armadas al interior, ligada a proyectos político-militares de sus dirigentes Álvaro Uribe, Hugo Chávez y a partir de 2007 Felipe Calderón. Uribe en el empleo intensivo de sus fuerzas armadas para combatir a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y su plan de “seguridad

democrática”; Chávez en la “Revolución Bolivariana” y el “Socialismo del Siglo XXI”; y Calderón en la “Guerra a las Drogas”. El otro país con despliegue geopolítico en el Caribe, Cuba, si bien no se incorporó a la misión de la ONU, sí aprovechó para el despliegue de su “geopolítica de la medicina”, enviando una muy importante misión de médicos a Haití, lo que le aseguraba estar presente con notable influencia debido a las carencias de los servicios de salud haitianos.

La Ruta al aislamiento: De Salinas a Peña Nieto

El presidente Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) captó el punto medular de la situación global al vivir el desplome de la Unión Soviética. Se erigió el unilateralismo estadounidense como la opción y él lo aprovechó para reencauzar la casi destruida economía mexicana, buscando acercarse a la geoeconomía del vencedor. El instrumento fue el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), que no sólo es un mercado ampliado, sino una comunidad trinacional que incluye (de forma indirecta) amplios aspectos sociales (como el impacto económico y político de la población mexicana en Estados Unidos) e incluso políticos, pues muchos analistas relacionan la firma del TLCAN como un factor que influyó en la democratización de México, al aparecer “valores anglosajones” en el pensamiento de las élites mexicanas (Clarkson, 2008: 41). Además, el Congreso de Estados Unidos cuestionó la firma del TLCAN a condicionar la mejoría en los temas de democracia y derechos humanos. Salinas logró lo que pocos líderes: acercar al gobierno mexicano tanto con Estados Unidos como hacia América Latina, pues fue gran amigo de Fidel Castro (Covarrubias, 1994: 664), quien acudió a su toma de posesión en diciembre de 1988, e impulsó los acuerdo de paz de El Salvador (1992), logrando que se firmaran en México, entablando estrechas relaciones con los presidentes de América Latina en los países que tenían democracias recién instauradas. Su gobierno entró en un ocaso en enero de 1994 con el alzamiento indígena en Chiapas encabezado por el Ejército Zapatista de liberación Nacional (EZLN) mostrando las fisuras internas del país.

La distancia entre México y América Latina aparece a fines de los años noventa, en parte por la evolución de la crisis de Chiapas, el desarrollo y la implementación del TLCAN (Fernández de Castro y Domínguez,

2001: 58), y por la evidencia desde 1997 que se acercaba el fin del gobierno de siete décadas del Partido Revolucionario Institucional (PRI). En 1997 el PRI pierde la mayoría en la Cámara de Diputados en las elecciones intermedias. El gobierno de Ernesto Zedillo, considerado como de “transición”, comenzó a deslindarse de América Latina casi desde un inicio cuando en diciembre de 1994 estalló la crisis económica, y por primera vez Estados Unidos señaló que protegería la moneda mexicana con un rescate financiero que integró un paquete de 20,000 millones de dólares del Departamento del Tesoro de Estados Unidos, 10,000 millones de dólares más del Fondo Monetario Internacional y un préstamo de corto plazo por 10,000 millones de dólares del Banco de Pagos Internacionales. Esta ayuda fue impulsada por el presidente William Clinton y selló la nueva relación con Estados Unidos (Herrera y Santacruz, 2011: 336). En ese mismo periodo, a fines de la década de los noventa, los países latinoamericanos con democracias recién instauradas estaban buscando su ubicación en el sistema internacional de la posguerra fría, buscando ser actores con iniciativas propias (Tulchin y Espach, 2001). Ya se comenzaba a debatir la distancia con Estados Unidos en el continente (Muñoz, 2001: 75).

El acercamiento México-Estados Unidos durante el gobierno de Zedillo provocó la aparición de una activa diplomacia latinoamericana contra México, ejemplificada con declaraciones de Fidel Castro, que en diciembre de 1998 señaló que México se estaba alejando de América Latina, abandonando su política exterior hacia el Tercer Mundo y que estaba más interesado en pertenecer al “club de los países ricos”. En tono irónico, el mandatario cubano destacó que el país se encontraba totalmente invadido por la cultura de Estados Unidos y que “los niños mexicanos conocen más a Mickey Mouse que a sus héroes nacionales” (La Jornada, 1998). Estas tensiones se agravaron notablemente con la llegada del PAN al poder en diciembre de 2000, y el intento de sustituir la política exterior del régimen de la Revolución Mexicana, por una nueva, acorde a la globalización y a las nuevas condiciones políticas de México. Esta nueva política no logró consolidarse y, por el contrario, se fue ampliando el aislamiento, sobre todo en América Latina.

La llegada de Vicente Fox al poder inició con notables discrepancias entre México y Venezuela. Este país decididamente se encontraba a la busca del liderazgo subregional, mientras que México trataba de

encontrar el camino hacia una nueva política exterior (CNN-México, 2013). Las inconsistencias del gobierno de Vicente Fox en esa materia fueron notables, a pesar de su propósito inicial, basado en seis premisas: 1) proyectar una imagen diferente de México en el mundo; 2) promover la democracia y los derechos humanos como valores universales; 3) reenfocar la relación con América del Norte, dándole relevancia al tema migratorio (llamado “Enchilada Completa”); 4) promover los intereses de los mexicanos en Estados Unidos; 5) darle a México un perfil mayor en el sistema de relaciones multilaterales, y; 6) integrar la política exterior a los planes de desarrollo económico (Rozental, 2004: 88-89).

El activismo “nuevo” de Fox rápidamente mostró sus debilidades, tanto por factores externos como internos. En el área natural de influencia geopolítica de México: Estados Unidos, Centroamérica y Caribe, aparecieron los conflictos diplomáticos. La llegada al poder de George W. Bush en enero de 2001 representó el arribo de nueva cuenta de una élite conservadora en ese país. Con Estados Unidos el gobierno de México intentó en 2001 firmar un acuerdo migratorio integral, conocido como “Enchilada Completa”, que nunca tuvo el respaldo político del Congreso en Washington. A su vez, los ataques a las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de septiembre de 2001, cambiaron los parámetros de la política interna y externa de ese país, afectando las relaciones bilaterales. En los momentos inmediatos posteriores a los ataques, el gobierno de México no se solidarizó rápidamente con el de Estados Unidos, guardando el presidente Fox silencio. Esto fue aprovechado por Brasil, quien a través de su presidente Fernando H. Cardoso, convocó a la Organización de Estados Americanos (OEA) para mostrar solidaridad con el gobierno de Bush. Brasil se adelantaba (una vez más) a México. Así, los ataques y su consecuencia, el viraje de una política comercial liberal de Estados Unidos (sello del gobierno de William Clinton) hacia una política global de ataque al terrorismo, dejaron desubicado a México con su vecino y socio (Covarrubias, 2008: 33). De esta manera, México quedó aislado diplomáticamente tanto de Estados Unidos como de América Latina. Se mostró que la alianza comercial no sería automáticamente una coalición diplomática.

México fue solo un “aliado” parcial de Estados Unidos en lo que respecta a la guerra antiterrorista que emprendía George W. Bush, y

el intento de acercarse a América Latina fue un rotundo fracaso. Esta distancia con América Latina en lo diplomático también se debe a la multiplicidad de foros, la sobre-ideologización del nuevo multilateralismo en América del Sur, y la ausencia de certidumbre en la diplomacia de muchos países del subcontinente, sobre todo con la aparición de ALBA, encabezado por Venezuela (Altmann, 2006: 313).

Durante el gobierno de Fox, México mostró hacia los países de Centroamérica una voluntad de estrechar relaciones por la vía del *soft power*, que fue un rotundo fracaso. Fox planteó desde su campaña electoral que lanzaría un ambicioso programa de cooperación con sus vecinos del sur. Se diseñó el Plan Puebla Panamá (PPP), y en este contexto se “ofrece” la construcción de una refinería de petróleo en el istmo. Finalmente la refinería no se construye, lo que demostró una voluntad ambigua y falta de capacidad para involucrar recursos financieros como forma de ampliar los vínculos, en este caso económicos. A mediados de la primera década del siglo, un factor que comenzó a observarse en el istmo fue el viraje de algunos gobiernos hacia la opción del ALBA (Eguizabal, 2014: 222), sobre todo para ser beneficiados del petróleo venezolano en condiciones muy favorables, lo que aisló aún más a México en la región. Con Honduras, Nicaragua y El Salvador la opción del ALBA se fortaleció de forma destacada, cambiando la geopolítica regional e incluso deteriorándose las relaciones de Estados Unidos con estos países.²

El “apoyo parcial” mexicano a la guerra antiterrorista de Estados Unidos se dio de la siguiente manera: se respaldó intensamente el esfuerzo de Estados Unidos de sellar las fronteras, en otras palabras a México no le quedó opción más que apoyar las medidas de “*Homeland Security*”, aunque muchas de ellas lo afectaban notablemente como el sellamiento de fronteras.³ Así, la migración, como tema fundamental de las relaciones entre los dos países, cambió de ubicación en el espectro de la seguridad de Estados Unidos, y el control de la migración se volvió un tema de conflicto entre ambos países y, a la par, entre México y América Latina, pues México comenzó a endurecer, a su vez, sus políticas migratorias para ciudadanos de América Latina, principalmente guatemaltecos, salvadoreños y hondureños (Armijo, 2011).

El foro de confrontación diplomática entre México y Estados Unidos se dio en la ONU. En los años 2002 y 2003, México y Chile fueron

miembros del Consejo de Seguridad, y en alianza con Francia se opusieron al esfuerzo de Estados Unidos de que la ONU encabezara la misión de ataque a Iraq (Sotomayor, 2008: 242). Esto llevó a un nuevo unipolarismo basado en la guerra al terrorismo que tensó las relaciones de Estados Unidos con muchos países del mundo (Ikenberry, 2006: 46). Otro hecho que es un ejemplo de que el cambio de la tradicional política exterior de México de “no intervención” no fue posible, fue el llamado de la ONU durante los primeros meses de 2004 para configurar la misión de Paz en Haití. Un amplio grupo de países de América Latina se sumaron rápidamente a la ONU para configurar la misión Minustah, sobre todo Argentina, Brasil, Chile y Uruguay. La negativa a participar, proveniente de las fuerzas armadas mexicanas, principalmente el ejército, dejó aislado a México de una nueva diplomacia multilateral que se construía rápidamente en América Latina y que incluso abarca al sector defensa (Diamint, 2013: 73).

En los países de América Latina, la tendencia de sus políticas internas “hacia la izquierda”, comenzaron a desplegar un multilateralismo de confrontación donde rápidamente se incluyó a México como aliado de Estados Unidos por el tema del libre comercio (Altmann, 2011: 13). En este nuevo bloque “de izquierda” latinoamericano algunos países que habían tenido acercamientos con México se distanciaron, en incluso aparecieron los intentos de construir mecanismos de integración política en América del Sur que explícitamente planteaban excluir a Estados Unidos (y por añadidura a México e incluso Centroamérica) (Grabendorff, 2002). Esto fue relevante en el seno de la OEA. México había trabajado en conjunto con los países latinoamericanos los temas de seguridad para lograr la firma de la “Declaración de Seguridad en las Américas” en 2003, sobre todo que su componente conceptual sostuviera un “Concepto Multidimensional de Seguridad” (Bermúdez, 2003: 89; Rojas Aravena, 2006: 173). Sin embargo, ya hacia el año 2005, México se mostraba notablemente alejado de los países de América del Sur. Esto se demostró cuando se presentó la sucesión del Secretario General de la OEA en 2005, triunfando el candidato chileno, José Miguel Insulza, respaldado por la mayoría de los países de América del Sur y Centroamérica. Esta distancia se agrandó durante el gobierno de Felipe Calderón (2006-2012), debido a una “hiper concentración” de las relaciones entre México y Estados Unidos, debido a la declaratoria de “guerra a las drogas.”

El presidente Felipe Calderón (2006-2012), decide concentrar todos sus esfuerzos en el combate al narcotráfico y el respaldo de Estados Unidos a éste. A la par, encontró muchas dificultades para establecer una relación multilateral positiva con la mayoría países de América Latina, pues arriba al poder en el momento del auge del ALBA y la UNASUR, ambas coaliciones, con distinta intensidad, mostraban críticas a Estados Unidos y en el caso de UNASUR, excluía directamente a Centroamérica, el Caribe y México. El aliado más cercano de Calderón fue el presidente de Colombia Álvaro Uribe, quien a su vez tenía dificultades similares a las de México con el llamado bloque de izquierda, principalmente por una rivalidad muy intensa con sus dos vecinos, Venezuela y Ecuador.⁴ Estados Unidos decide respaldar la guerra a las drogas, y se diseña la Iniciativa Mérida durante 2007. En la política latinoamericana de Estados Unidos, los programas de cooperación se ubicaron en México, Centroamérica y el Caribe, siendo Colombia el único aliado de la potencia en el sub-continente. En el primer esquema de la Iniciativa Mérida se incluye cooperación para la guerra a las drogas para los países de América Central y el Caribe. Posteriormente se diseña un programa propio para Centroamérica denominado CARSI.⁵ Durante los ocho años que tiene la Iniciativa Mérida, Estados Unidos ha otorgado 2,223 millones de dólares en asistencia a los cuerpos de seguridad, militares de justicia y de inteligencia en México (Seelke y Flinkea, 2015: 7). El único país que en la posguerra fría ha recibido más asistencia en seguridad que México ha sido Colombia, a partir del despliegue del “Plan Colombia”, que abarca casi la cantidad de 10,000 millones de dólares. Para el caso del programa CARSI en Centroamérica este asciende a casi 1,000 millones de dólares.

Hacia América Latina, México desarrolla una amplia política de cooperación (soft power) con todos los países, sin que esto impacte en una influencia política o diplomática. Por ejemplo, un análisis de la responsable de la Secretaría de Relaciones Exteriores señala que sólo en 1998 México impulsó 239 proyectos de cooperación: 122 con América Central, 53 con países del Caribe y 63 con América del Sur, en áreas de medio ambiente y recursos naturales, desarrollo agropecuario, educación, cultura, arte, ciencia y tecnología, turismo, salud, energía, desarrollo social, estadística e informática. Por ejemplo, ese año México otorgó 738 becas a estudiantes de América Latina y el Caribe

(Espinosa, 2010: 416). Uno de los intentos fracasados de Calderón fue en 2008 volver a plantear la revisión del PPP y la construcción de la refinera de petróleo, siendo rechazado el proyecto por los países centroamericanos, quienes ya gozaban los beneficios de la empresa Petro-Caribe y la alianza ALBA. En este caso, a pesar de la gran cantidad de proyectos de cooperación de México, esto no representó para México un aumento de su proyección geopolítica en la región, entre otras razones por la falta de propósitos en ese sentido por el gobierno mexicano, y por la competencia geopolítica en el istmo entre Estados Unidos, Venezuela, y en menor medida Brasil y China. Incluso, lo que es peor para México, es que a pesar de estos esfuerzos cooperativos, la percepción negativa del país en América Latina ha aumentado.⁶

A pesar del acercamiento estratégico entre México y Estados Unidos por la implementación de la Iniciativa Mérida, la relación bilateral tuvo muchos altibajos. La principal crisis bilateral fue provocada por la revelación de documentos secretos de la red *Wikileaks*, donde el embajador de Estados Unidos en México, Carlos Pascual, hizo juicios negativos sobre la personalidad del presidente y apreciaciones sobre la guerra a las drogas, criticando al ejército y sus capacidades. De forma repentina, la relación se congeló y fracturó, exigiendo el gobierno mexicano al Departamento de Estado el retiro del embajador, bajo la amenaza de desactivar la Iniciativa Mérida. La crisis estalló los primeros días de diciembre de 2010 (Miguel, 2012: 165). A este enfriamiento con Estados Unidos se agrega el hecho que la Iniciativa Mérida y la guerra a las drogas se diseñaron en un momento de coincidencias estratégicas entre los gobiernos de George W. Bush y Felipe Calderón. Al subir Barack Obama a la presidencia de Estados Unidos, las relaciones con México y América Latina se redefinieron.

Al verse aislado y debido a que no lograba encontrar aliados en América Latina, el gobierno mexicano comienza a explorar acercamientos con distintos gobiernos de América del Sur como el de Chile y el de Perú. Con ello pretende superar el *suramericanismo* prevaleciente. Así, la Secretaría de Relaciones Exteriores de México encuentra una oportunidad a través de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) en 2010. Este proyecto de concertación diplomática se superpone a los de ALBA y UNASUR. Aparece cuando comienza a menguar el poder blando de Venezuela e inician las fracturas del

ALBA y del UNASUR. En el caso del ALBA, cuya base son los países de El Caribe y América Central, sólo los unió la necesidad de energía barata, pero no pueden distanciarse de Estados Unidos fácilmente por varias razones: es el destino de la mayoría de sus migrantes, habiendo países que tienen de forma creciente grupos mayoritarios de sus poblaciones residentes en Estados Unidos; este país es el origen de la mayoría de las remesas con lo que sobreviven las economías; y en el caso de los países del Caribe, es el origen de la mayoría de los turistas (Maingot, 2014: 208). Estas razones coinciden con las de los países centroamericanos. Esto explica porque la UNASUR de forma abierta rechazó la alianza con Centroamérica y el Caribe en su origen, pero al mismo tiempo selló sus debilidades: la exclusión geográfica, la limitada representatividad y por ello la temporalidad de sus proyectos de integración. Mediante la CELAC México encontró una puerta de acceso antes vetada a la diplomacia de América del Sur, tratando de rescatar las modalidades diplomáticas de concertación e influencia de los años ochenta e inicios de los noventa que había consolidado con el Grupo de Río.

En América del Sur se ha configurado una institucionalidad de seguridad que se desprende de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) conformada en 2008 y, en su seno, el Consejo de Defensa Suramericano. Este proyecto tiene muchas limitantes además de su carácter geográficamente excluyente, sobre todo por los conflictos fronterizos pendientes de resolución (Maira, 2011: 39). A pesar de los limitados alcances de la UNASUR y el Consejo de Defensa Suramericano, esta concertación no se observa en Centroamérica, el Caribe o México, tres regiones y países donde los procesos de creación de bloques subregionales están avanzados en lo económico y comercial, pero se inhiben en los niveles de seguridad y defensa. Esto se da en parte por la presencia hegemónica de Estados Unidos en esos países. En el caso de México y su adhesión al bloque de América del Norte, el peso específico de Estados Unidos es abrumador, lo que impide o inhibe la posibilidad de acercamientos paralelos hacia América del Sur (Guerra, 2015). A ello se agrega en detrimento de las posibilidades geopolíticas de México, la ausencia de interés en proyectar *hard power*. En otras palabras, el *soft power* no es suficiente para que México también pueda ejercer una influencia de acuerdo a su tamaño estratégico.

Con la fundación de la CELAC, el presidente mexicano más proestadounidense, Felipe Calderón, fue el que abrió ora vez la puerta de América Latina. El problema es poder caminar en el pantanoso tejido de instituciones multilaterales de todo tipo, y entre los cambios ideológicos y los intereses nacionales de los diferentes países.

Se puede afirmar que México está descolocado y desubicado en el concierto de las potencias y países emergentes, pues gran cantidad de naciones con un peso específico mucho menor a México en territorio, población o poder económico, son activas del sistema de seguridad internacional. Este límite al multilateralismo mexicano se desprende del “nacionalismo”. En otras palabras, empleando las teorías de Joseph Nye, México sólo proyecta “poder blando” en el mundo, y nada de “poder duro”, mientras que las naciones en el concierto internacional despliegan ambas formas de poder. Parte importante de los países latinoamericanos, por ejemplo en la misión de la ONU en Haití (MINUSTAH), despliegan su “poder duro” en el continente con mucho énfasis desde 2004. Brasil, que compite con México en “poder blando” supera notoriamente a México en capacidades de “poder duro”, al igual que Chile, Argentina o Uruguay, tres naciones con mucho menor peso específico estratégico en el mundo (Resdal, 2012: 99). Además desde los años noventa la evolución en materia de integración entre los países de América del Sur (Cienfuegos y Sanahuja, 2010) tiene un componente importante en materia de defensa (Diamint, 2013) que poco a poco se consolida, incorporando las acciones diplomáticas a las proyecciones militares de los países (Saint-Pierre, 2009).⁷

Conclusiones

México, desde el ingreso al TLCAN en 1994, le otorgó prioridad a un concepto de integración basado en lo económico-comercial, y el potenciar más la presencia y proyección del capital privado en detrimento de las potencialidades estatales (a diferencia de los países de América del Sur), como son las militares o energéticas. Se dirigió hacia el norte sacrificando en parte el sur, casi abandonando por completo su área de influencia natural a la que había dado gran prioridad geopolítica, Centroamérica. A esto se suma el multilateralismo sudamericanista excluyente que se fue consolidando entre los países del sur, además de

su naturaleza estado-céntrica, con lo que México quedó *descolocado* y aislado.

Entre la OEA, el Grupo de Río, el TLCAN, el Mercosur, el SICA, el CARICOM, la Comunidad Andina de Naciones, la UNASUR, el ALBA, las Cumbre Iberoamericana, y otros mecanismos de los años de la guerra fría como el SELA, la ALADI, a los que ahora se agregan los cuatro países que buscan la puerta de Asia a través del Acuerdo Estratégico Transpacífico de Asociación Económica (TPP), los países del hemisferio no pueden estar más que confundidos entre a quienes considerar socios, aliados, vecinos o incluso definir claramente quienes pueden ser enemigos. A ello se añaden coaliciones extracontinentales como los llamados BRICS (al cual pertenece Brasil), OCDE (donde México y Chile forman parte y próximamente Colombia), el G20, la APEC y otros.

Por ello, así como México se marginó por diversas razones de América Latina, también los países de América del Sur pensaron que podían construir políticas multilaterales excluyentes y que éstas fueran sustentables en el tiempo, como ALBA y UNASUR. Los países latinoamericanos distan mucho de estar unidos y compartir proyectos integracionistas, geoeconómicos o geopolíticos viables. Ello llevó a la nueva búsqueda del latinoamericanismo de los años noventa como opción: sin exclusiones geográficas y sin conflicto abierto con Estados Unidos. Esto es lo que sintetiza la CELAC a partir de su creación en 2010, como heredera del multilateralismo del Grupo de Río.

A lo anterior también se agregó un cambio radical de la política de Estados Unidos: de una confrontación abierta impulsada principalmente por Venezuela en los años del conflicto Bush-Chávez, a un periodo de transición marcado por la indiferencia y el restablecimiento de buenas relaciones en el nivel bilateral con los diferentes países durante el primer gobierno de Barack Obama (2009-2013). Estados Unidos ha logrado grandes éxitos a partir de diciembre de 2014, construyendo una diplomacia que busca la convergencia hemisférica, desde el restablecimiento de relaciones con Cuba. Con ello, revivió el impulso de los años noventa del proceso de la llamada Cumbre de Las Américas, celebrada la última en abril de 2015 en Panamá, signada por la asistencia tanto de Estados Unidos como de Cuba. Si Cuba se llegara a reincorporar plenamente al llamado sistema interamericano encabezado por la

OEA, culminaría un ciclo de multilateralismo hemisférico excluyente de más de 50 años.

En el caso de México, reubicarse en América Latina y el hemisferio significa transformar muchas de sus políticas que lo han aislado, como por ejemplo la predominancia del nacionalismo y la no-intervención. México busca afanosamente –sin poder lograrlo– el regreso a los momentos estelares de su diplomacia en el siglo XX, como fueron los años previos a la segunda guerra mundial, de solidaridad con la República Española y su política de asilo; los años sesenta evitando el aislamiento total de Cuba; y los años ochenta y noventa, donde se sumó al diseño de fórmulas creativas para la pacificación de los países de América Central.

En la actualidad, México no ha participado en las misiones y operaciones diplomáticas más importantes de América Latina, por ejemplo la misión de paz de Haití; el proceso de paz de Colombia, ni siquiera acompañando a las países que ejercen responsabilidades de veeduría, como Venezuela y Chile; o el restablecimiento de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, donde participó Canadá y el Vaticano como mediadores.

La Guerra al narcotráfico ha opacado la imagen de México y sus capacidades para participar en foros de concertación hemisféricos y globales, pues pone de relieve los temas de tensión con Estados Unidos, la ONU, y la OEA, relativos a derechos humanos, y se ha debilitado mucho la imagen ante gobiernos europeos. Mientras México no logre superar sus problemas internos que operan como una gran atadura para su despliegue diplomático multilateral en el hemisferio, es difícil que sea respetado de acuerdo al tamaño estratégico que posee, o al *soft power* que detenta pero que se proyecta de forma dispersa. En este caso, la situación interna de México ha generado una imagen negativa del país que sería una especie de “anti-*soft power*”. Hoy las capacidades diplomáticas de México no se observan con plenitud en la región. La superación de la guerra al narcotráfico, vista como un fenómeno transnacional (Bagley y Rosen, 2015), las deficiencias del sistema democrático –por ejemplo las incapacidades del sistema de justicia o violaciones graves a los derechos humanos–, perjudican la posibilidad de inserción exitosa del país en lo que fue –y debe ser– su espacio natural de multilateralismo.

Durante el actual gobierno de Enrique Peña Nieto (2012-2018), en términos geoeconómicos y geopolíticos reaparece la obsesión de restaurar el liderazgo de México tanto en el mundo como en la región, a través de proyectar una imagen de un renovado programa de modernización basado en el potencial impacto de las once reformas aprobadas por el Congreso mexicano entre 2013 y 2015. Estas reformas han tenido tanto problemas políticos internos para su implementación –como la educativa–, así como el impacto leve de la más importante de ellas, la energética, por la caída de los precios del petróleo a nivel mundial. Uno de los principales acercamientos estratégicos mexicanos en América del Sur es darle fuerza a la Alianza del Pacífico (AP), junto con los gobiernos de Colombia, Perú y Chile, sobre la base de proyectar al capital privado de estos países en esa área por su gran potencial comercial. Es difícil prever el devenir de dicha Alianza por los cambios en las estructuras de poder económico, por ejemplo la reciente crisis de China y el restaurado poder de la economía de Estados Unidos. De igual manera, está pendiente la reacción de los países del MERCOSUR y a la probable fractura del Pacto Andino (por la presencia de Colombia y Perú en la AP), así como de coaliciones diplomáticas como UNASUR. Lo que es un hecho, es que gran cantidad de problemas internos de México que no están resueltos, están perjudicando la imagen del país, sobre todo en temas de derechos humanos e impartición de justicia, que han puesto en entredicho tanto las capacidades como el “nacionalismo” judicial de México (por ejemplo, al negarse a extraditar a Estados Unidos a Joaquín “El Chapo” Guzmán durante 2014). Por ello, el intento del actual gobierno de proyectar la imagen de que Peña Nieto es el líder más moderno de América Latina está en entredicho. El único factor que ayuda a México es que los líderes de los grandes países de América Latina están en situaciones similares de descrédito de sus capacidades de conducción de sus países de forma similar a la de México, como Brasil, Argentina e incluso en Chile. Además se debe tener presente que el país que tiene la crisis de proyección geopolítica más profunda, Venezuela, va a dejar vacíos que dejan oportunidades de acción a las otras potencias medias de la región. Si la AP lograra la incorporación de los países de América Central, podría significar el declive de las geopolíticas “atlánticas”, que caracteriza a países como Brasil y Argentina, en favor de las del área del pacífico, lo que apoyaría la posibilidad de restaurar la influencia del país.

Por otro lado, México, desde el punto de vista de la construcción de un *hard power* con proyección externa, anunció la participación de sus fuerzas armadas en operaciones de mantenimiento de paz de la ONU en 2014. Aún está pendiente la magnitud del compromiso para realmente transformar la política defensiva y *hacia adentro* que le ha caracterizado.

NOTAS

1. La Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) se fundó en 2004 por iniciativa de Fidel Castro y Hugo Chávez. La integran Cuba, Venezuela, Bolivia, Ecuador, Nicaragua, Dominica, Antigua y Barbuda y San Vicente y las Granadinas. También han participado en sus reuniones Honduras y El Salvador. A partir de la muerte de Hugo Chávez el 5 de marzo de 2013, -que coincide con el desplome de los precios del petróleo-, el ALBA prácticamente ha muerto como coalición diplomática y no es invocada ni por los países miembros ni por sus líderes. Su última Cumbre se realizó en Caracas el 17 de marzo de 2015, fue sólo de funcionarios de sus ministerios de asuntos exteriores. En la práctica ha sido sustituida por la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) y debido al proceso de normalización de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos, también por la Cumbre de Las Américas.
2. El viraje a la izquierda en el istmo se observa desde la llegada al poder de Manuel Zelaya en Honduras, quien ganó las elecciones en 2005, siendo derrocado tras un golpe de Estado el 28 de junio de 2009. En Nicaragua, el dirigente del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), Daniel Ortega, gobernó de 1979 a 1990. Posteriormente vuelve a postularse, ganando las elecciones en noviembre de 2006, reeligiéndose en 2011. Durante los años de su primer gobierno, Nicaragua se benefició de una amplia cooperación de México, mientras que a partir de 2007, el gobierno de Ortega optó por una fuerte sociedad con Venezuela y Cuba. En El Salvador, en junio de 2009, gana las elecciones Mauricio Funes, postulado por el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), su gobierno

además de ser beneficiado de las buenas relaciones con Venezuela, dirigió sus alianzas hacia Brasil, reduciendo al mínimo las relaciones con México.

3. El tiempo de cruces de frontera entre México y Estados Unidos se incrementó notablemente. De un tiempo promedio en “horas pico” de 15 minutos a pie y de 30 a 45 minutos en auto, antes de septiembre de 2001, se pasó a una hora a pie y de 2 a 3 horas en auto. Lo que afectó inmediatamente al millón de personas que cruzan diariamente la frontera para laborar (Ramos, 2004: 115). Este aumento del tiempo en los puentes se debió tanto al control de terroristas como a la necesidad de controlar el paso de drogas.
4. Entre el presidente Alvaro Uribe y Hugo Chávez los roces verbales fueron incrementándose en 2007, pues Uribe sostenía que Chávez otorgaba respaldo a las FARC. Con Ecuador, el primero de marzo de 2008, Colombia bombardea un campamento de las FARC en su territorio, donde murió el dirigente guerrillero Raúl Reyes y 17 hombres más. Venezuela reaccionó en apoyo a Ecuador, y le “declara” la guerra a Colombia. Murieron cuatro estudiantes mexicanos en este bombardeo, y una quedó herida. Uribe señaló que los mexicanos eran terroristas, ilegales y guerrilleros. En este caso, el presidente Calderón no expresó ninguna opinión sobre el ataque y sólo señaló que no se calificara negativamente a los mexicanos muertos. Solamente la Cámara de Diputados de México exigió una aclaración al gobierno colombiano. México no expresó ninguna condena al gobierno colombiano por el ataque, tácitamente respaldando al gobierno de Uribe.
5. Iniciativa de Seguridad Regional para Centroamérica (CARSI) (Olson, 2015). También Estados Unidos intensificó sus programas de asistencia al istmo con la Alianza para la Prosperidad Estados Unidos-Centroamérica, lanzada en 2014. CARSI enfoca la cooperación a la lucha contra las pandillas.
6. Un análisis de las percepciones de México en Estados Unidos y América Latina afirma: “Las encuestas indican que las percepciones negativas sobre México han ido en aumento. La encuesta Gallup, entre otras, registra que la imagen negativa de México en Estados Unidos pasó de ser la percibida por el 45% de los entrevistados en el 2005, a ser la del 75% en el 2011. Las percepciones también son negativas cuando se trata de medir la opinión respecto a quienes son considerados líderes en América Latina. En la encuesta de Las Américas y el Mundo 2010-

2011, publicada por el CIDE, a la pregunta, ¿cuál es el país que de acuerdo con los latinoamericanos ostenta una posición de liderazgo?, la mayoría responden que Brasil, mientras no saben o no responden en el caso de México.” (Pellicer, 2013).

7. El caso de Brasil es sintomático de acción coherente de equilibrio de *soft power* y *hard power*, observado en sus alianzas diplomáticas durante los últimos 20 años, principalmente durante los gobiernos de Fernando H. Cardoso y Lula da Silva (Saraiva, 2014).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Altmann, Josette (2011) (editora). *América Latina y el Caribe: ALBA: ¿Una nueva forma de integración regional?*. Buenos Aires: FLACSO, Teseo.
- Altmann, Josette (2006). “Integración en América Latina. Crisis de los modelos regionales y ausencia de certidumbre”, en Rojas, Francisco y Luis Guillermo Solís Rivera (editores), *La Integración Latinoamericana. Visiones regionales y Subregionales*. San José: FLACSO.
- Armijo, Natalia (2011) (editora). *Migración y Seguridad: nuevo desafío en México*. México: CASEDE.
- Bagley, Bruce y Magdalena Defort (2014) (editores). *¿La hegemonía norteamericana en declive?. El desafío del ALBA y la nueva integración latinoamericana del siglo XXI*. Cali: Universidad ICESI, Universidad de Miami.
- Bagley, Bruce y Jonathan Rosen (2015). “Analytical Conclusions: The Search for Alternative drug policies in the Western Hemisphere”, en Bagley, Bruce y Jonathan Rosen (editores) *Drug trafficking, organized crime, and violence in the Americas today*, Gainesville, University Press of Florida.
- Bagley, Bruce y Jonathan Rosen (2015) (editores). *Drug Trafficking, Organized Crime, and Violence in the Americas Today*. Gainesville: University Press of Florida.
- Bermúdez, Lilia (2003). “Los retos del hemisferio en el ámbito de la seguridad”, en Grabendorff, Wolf (editor), *La seguridad regional en Las Américas. Enfoques críticos y conceptos alternativos*. Bogotá: ESCOL, CEREC.

- Benítez, Raúl (2004). *Mexico and the New Challenges of Hemispheric Security*. Washington, D.C.: Woodrow Wilson International Center for Scholars.
- Cienfuegos, Manuel y José Antonio Sanahuja (editores) (2010). *Una región en construcción. UNASUR y la integración en América del Sur*. Barcelona: CIDOB.
- Clarkson, Stephen (2008). *Does North America Exist? Governing the Continent After NAFTA and 9/11*. Toronto: University of Toronto Press.
- CNN-México (2013). “México-Chávez, una relación de altibajos comerciales y diplomáticos”, 6 de marzo de 2013: <http://mexico.cnn.com/mundo/2013/03/06/mexico-chavez-una-relacion-de-altibajos-comerciales-y-diplomaticos>
- Covarrubias, Ana (1994). “La política mexicana hacia Cuba durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari”, *Foro Internacional*, Vol. 34, No. 4, octubre-diciembre.
- Covarrubias, Ana (2008). “La política exterior ‘activa’...una vez más”, *Foro Internacional*, Vol. 48, No. 1-2, enero-junio.
- Diamint, Rut (2013). “Regionalismo y posicionamiento suramericano: UNASUR y ALBA”, *Revista CIDOB d’afers internacionals*, No. 101, abril.
- Herrera, Octavio y Arturo Santacruz, (2011). *Historia de las relaciones internacionales de México, 1821-2010 Vol. 1, América del Norte*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores.
- Economist, (2015). “Softly does it. The awesome influence of Oxbridge, One Direction and the Premier League”, *The Economist*, July 18th 2015.
- Eguizabal, Cristina (2014). “ALBA y América Central: la integración de Nicaragua y la desconfianza subregional”, en Bagley, Bruce y Magdalena Defort (2014) (editores), *¿La hegemonía norteamericana en declive?. El desafío del ALBA y la nueva integración latinoamericana del siglo XXI*. Cali: Universidad ICESI, Universidad de Miami.
- Espinosa, Patricia (2010). “La política exterior del México democrático; análisis de la renovada presencia mexicana en América Latina y el Caribe”, en Torres, Blanca y Gustavo Vega (coordinadores) (2010), *Los Grandes problemas de México. Relaciones Internacionales, Vol. XII*. México: El Colegio de México.

- Fernández de Castro, Rafael y Jorge Domínguez (2001). *¿Socios o Adversarios? México-Estados Unidos Hoy*. México: Océano.
- Garciadiego, Javier (2014) (Coordinador). *El Ejército Mexicano. 100 años de historia*. México: El Colegio de México.
- Gaspar, Gabriel (2006). “Haití: consideraciones geopolíticas balance y proyecciones”, en Tulchin, Joseph, Raúl Benítez y Rut Diamint (2006) (editores), *El Rompecabezas. Conformando la seguridad hemisférica en el siglo XXI*. Buenos Aires: Prometeo.
- Grabendorff, Wolf (2002). “Perspectivas de una integración política en América del Sur”, *Nueva Sociedad*, No. 177, enero-julio.
- Grabendorff, Wolf (2003) (editor). *La seguridad regional en Las Américas. Enfoques críticos y conceptos alternativos*. Bogotá: FESCOL, CEREC.
- González, Guadalupe (2008). “México en América Latina: entre el norte y el sur o el difícil juego del equilibrista”, en Ricardo Lagos (compilador) *América Latina: ¿Integración o fragmentación?*. Buenos Aires: Fundación Grupo Mayan y EDHASA.
- González, Guadalupe y Olga Pellicer (2011) (coordinadoras). *Los retos internacionales de México. Urgencia de una mirada nueva*. México: Siglo XXI.
- Guerra Castillo, Marcela (2015) (coordinadora). *América del Norte: Retos y Oportunidades en el Siglo XXI*. México: Cámara de Senadores.
- Ikenberry, John (2006). “Estados Unidos: entre el unipolarismo y el multilateralismo”, en Tulchin, Joseph, Raúl Benítez y Rut Diamint (2006) (editores), *El Rompecabezas. Conformando la seguridad hemisférica en el siglo XXI*. Buenos Aires: Prometeo.
- La Jornada* (1998), México, 9 de diciembre.
- Maihold, Gunther y Stepahn Jost (2014) (editores). *El narcotráfico y su Combate. Sus efectos sobre las relaciones internacionales*. México: KAS, SITESA.
- Maingot, Anthony (2014). “ALBA y Petro-Caribe. Éxitos y un fracaso paradójico del poder blando de Venezuela en el Caribe”, en Bagley, Bruce y Magdalena Defort (2014) (editores), *¿La hegemonía norteamericana en declive?. El desafío del ALBA y la nueva integración latinoamericana del siglo XXI*. Cali: Universidad ICESI, Universidad de Miami.

- Maira, Luis (2011). “El tema de las fronteras en América Latina. La experiencia de la frontera entre Argentina y Chile”, en Josette Altmann y Tatiana Beirute (editoras), *América Latina y el Caribe: Cooperación Transfronteriza. De Territorios de División a Espacios de Encuentro*. Buenos Aires: Teseo, Flacso.
- McClory, Johathan (2012). *The New Persuaders III. A 2012 Global Ranking of Soft Power*. London: Institute for Government.
- Meyer, Lorenzo (2010). “La desvanecida ruta de la ambición nacional. La tensión histórica entre el proyecto nacional mexicano y su entorno internacional”, en Torres, Blanca y Gustavo Vega (coordinadores) (2010), *Los Grandes Problemas de México. Relaciones Internacionales, Vol. XII*. México: El Colegio de México.
- Miguel, Pedro (2012) (coordinador). *México en Wikileaks. Wikileaks en La Jornada. Memoria de una aventura periodística*. México: La jornada ediciones.
- Muñoz, Heraldó (2001). “Good-bye U.S.A.?” en Tulchin, Joseph y Ralph Espach (2001) (editores), *Latin America in the New International System*. Boulder, Lynne Rienner.
- Nye, Joseph (2004). *Soft Power. The Means to Success in World Politics*. New York: Public Affairs.
- Ojeda, Mario (1976). *Alcances y límites de la política exterior de México*. México: El Colegio de México.
- Olson, E. (editor) (2015). *Crime and Violence in Central America’s Northern Triangle*. Washington, D.C.: Woodrow Wilson Center.
- Pellicer, Olga (2012). “El rezago de México”, *Proceso*, México, 21 de diciembre de 2012.
- Pellicer, Olga (2013). “Claroscuros de la política exterior”, *Proceso*, 1 de marzo de 2013.
- Ramos, José María (2004). *La gestión de la cooperación transfronteriza México-Estados Unidos en un marco de inseguridad global. Problemas y desafíos*. México: Porrúa, Comexi.
- Resdal, (2012). “MINUSTAH”, *Atlas comparativo de la defensa en América Latina*. Buenos Aires: Resdal.

- Rojas, Francisco y Luis Guillermo Solís Rivera (2006). *La Integración Latinoamericana. Visiones regionales y Subregionales*. San José: FLACSO.
- Rozental, Andrés (2004). “Fox’s Foreign Policy Agenda: Global and Regional Priorities”, en Rubio, Luis y Susan Kaufman (editores) *Mexico Under Fox*. Boulder, Lynne Rienner.
- Saltalamacchia, Natalia (2011). “México y América Latina: la vía multilateral”, en Guadalupe González y Olga Pellicer (2011) (coordinadoras), *Los retos internacionales de México. Urgencia de una mirada nueva*. México: Siglo XXI.
- Saltalamacchia, Natalia (2014). “¿Cómo atar al gigante? Seis décadas de México en la OEA”, en *Pensamiento Propio*, No. 39, enero-junio de 2014. Buenos Aires: CRIES.
- Saint-Pierre, Héctor Luis (2009). “La Defensa en la Política Exterior del Brasil: el Consejo Suramericano y la Estrategia Nacional de Defensa,” *Documento de Trabajo 50/2009*, Real Instituto Elcano, 7 de octubre de 2009.
- Saraiva, Miriam Gómez (2014). “The Brazilian Soft Power Tradition”, *Current History*, February.
- Seelke, Clare y Kristin Finklea (2015). “U.S.-Mexican Security Cooperation. The Mérida Initiative and Beyond”, Washington, CRS, May 7.
- Serbin, Andrés y Andrei Serbin Pont (2014). “Quince años de política exterior bolivariana: ¿entre el *soft balancing* y la militarización?”, *Pensamiento Propio*, No. 39, enero-junio. Buenos Aires: CRIES.
- Soares de Lima, Maria Regina (2008). “Liderazgo regional en América del Sur: ¿tiene Brasil un papel a jugar?”, en Ricardo Lagos (compilador) *América Latina: ¿Integración o fragmentación?*. Buenos Aires: Fundación Grupo Mayan y EDHASA.
- Sotomayor, Arturo (2008). “México y la ONU en tiempos de transición: entre activismo externo, parálisis interna y crisis internacional”, *Foro Internacional*, Vol. 48, No. 1-2, enero-junio.
- Torres, Blanca y Gustavo Vega (coordinadores) (2010). *Los Grandes problemas de México. Relaciones Internacionales, Vol. XII*. México: El Colegio de México.
- Tulchin, Joseph y Ralph Espach (2001) (editores). *Latin America in the New International System*. Boulder: Lynne Rienner.

Tulchin, Joseph, Raúl Benítez y Rut Diamint (2006) (editores). *El Rompecabezas. Conformando la seguridad hemisférica en el siglo XXI*. Buenos Aires: Prometeo.

RESUMEN

México: La trampa diplomática entre Estados Unidos y América Latina: *Soft Power sin Hard Power*

En este artículo se analiza la potencialidad de la proyección geopolítica de México en el hemisferio a partir de la contradicción entre el norte y el sur. Se hace un recorrido de la historia reciente de cómo se llegó a una ausencia de proyección de México en América Latina. El artículo sostiene que un país de las dimensiones de México necesita proyectar hacia el mundo *Soft Power* y *Hard Power*. Se analizan la CELAC y la Alianza del Pacífico como instrumentos posibles para reubicar la geopolítica y la geoeconomía del país. Se concluye que, en América Latina, se vive una profunda crisis de liderazgos y que se vislumbran cambios importantes en los sistemas de coaliciones y alianzas regionales.

ABSTRACT

Mexico: The US-Latin America Diplomatic Trap: *Soft Power without Hard Power*

This article analyzes the potential geopolitical projection of Mexico in the hemisphere as a result of the north-south contradiction. The article reviews the recent history that led to Mexico's lack of projection in Latin America. The author argues that a country of the size of Mexico needs to project *Soft Power* and *Hard Power* to the world. The ECLAC and the Pacific Alliance are analyzed as possible instruments to rearrange the geopolitics and geo-economics of the country. The conclusion is that Latin America is facing a deep leadership crisis and major changes are envisioned for the regional alliance and coalition systems.

SUMMARIO

México: A armadilha diplomática entre os Estados Unidos e a América Latina: *Soft Power* sem *Hard Power*

Este artigo analisa a potencialidade da projeção geopolítica do México no hemisfério a partir da contradição entre o norte e o sul. Faz-se um percurso da recente história de como se chegou a uma ausência de projeção do México na América Latina. O artigo afirma que um país das dimensões do México necessita projetar para o mundo *Soft Power* e *Hard Power*. A CELAC e a Aliança do Pacífico são analisadas como instrumentos possíveis para reacomodar a geopolítica e a geoeconomia do país. Na América Latina, conclui, vive-se uma profunda crise de lideranças e se vislumbram mudanças importantes nos sistemas de coalizões e alianças regionais.